

estremecimiento por mi piel; tan doloroso le encontré.

Agregó al cabo de un instante de silencio:

—Puedo contarte mi pena. Tal vez hablando de ella la sienta menos.

—Explícate ya.

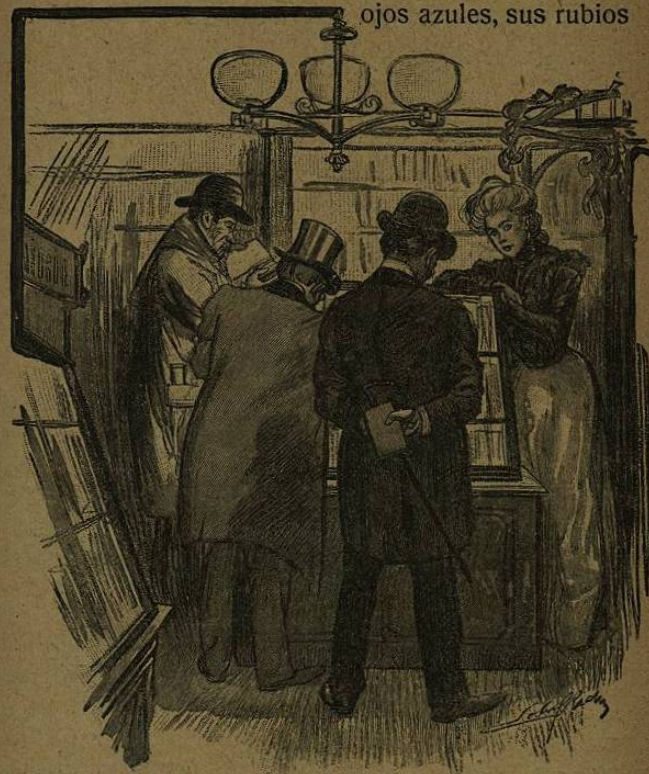
—¿La quieres conocer?

—Sí.

—Pues escucha. Recordarás lo que yo era en el colegio: una especie de poeta criado en una farmacia. Soñaba con hacer libros, y lo intenté después de mi bachillerato. No me salió bien la prueba. Publiqué un volumen de versos y luego una novela, sin vender más los unos que la otra; luego hice una obra teatral que no llegó á representarse.

»Y me enamoré. No te contaré mi pasión. Junto á la tienda de papá puso la suya un sastre, el cual tenía una hija. La vi y la amé. Era inteligente, había obtenido premios por su conocimiento de las asignaturas que componen la segunda enseñanza, y tenía un espíritu vivo, animado, muy en armonía, por otra parte, con su persona. Hubiérasela creído de quince años, á pesar de tener veintidós. Era una mujer bajita, de rasgos, líneas y tono muy finos,

como una delicada acuarela. Su nariz, su boca, sus ojos azules, sus rubios



cabellos, su sonrisa, su talle, sus manos, todo parecía hecho para una vitrina y no para la vida al

aire libre. Sin embargo, era vivaracha, despabilada y sumamente activa. Me enamoré locamente de ella. Recuerdo todavía dos ó tres paseos al jardín del Luxemburgo, junto á la fuente de Médicis, que serán siempre con toda seguridad las mejores horas de mi vida. Conocerás seguramente ese estado extraño de tierna locura que nos obliga á pensar sólo en actos de adoración.

»El amante se convierte en un poseído, obsesionado por una mujer, y para él no existe nada fuera de ella.

»En breve nos desposamos. La comuniqué mis proyectos para el porvenir, que ella reprobó.

»No me creía ni poeta, ni novelista, ni autor dramático, y opinaba que el comercio, cuando prospera, puede proporcionar la verdadera dicha.

»Renunciando, pues, á componer volúmenes, me contenté con venderlos, y compré, en Marsella, la Librería Universal, cuyo propietario había muerto.

»Pasé allí tres buenos años. Habíamos hecho de nuestro almacén una especie de salón literario donde todos los hombres ilustres de la ciudad iban de tertulia.

»Se entraba en nuestra casa como se entra en el círculo, y cambiábanse ideas sobre los libros, los poetas y, principalmente, acerca de la política. Mi mujer, que dirigía la venta, gozaba de verdadera notoriedad en la población.

»En cuanto á mí, mientras se charlaba en la tienda, trabajaba en mi gabinete del primer piso, que comunicaba con la librería por una escalera de caracol. Oía las voces, las risas, las discusiones, y á ratos soltaba la pluma para escuchar. Había empezado en secreto á escribir una novela... que no he terminado.

»Los concurrentes más asiduos eran el señor Montina, un rentista, gallardo y apuesto mozo, un hermoso muchacho del Mediodía, de pelo negro y ojos acariciadores; el señor Barbet, magistrado, los señores Faucil y Labarrégue, comerciantes, y el general marqués de Fléche, jefe del partido realista, el personaje principal de la provincia, un señor de sesenta y seis años.

»Los negocios marchaban bien. Yo era feliz, muy feliz.

Un día, á eso de las tres, haciendo unas diligencias, pasé por la calle de Sain-Ferréol, y vi salir de

una casa á una mujer cuyo aspecto asemejábase tanto al de la mía, que me hubiera dicho «¡Es ella!», á no haberla dejado algo indispueta en el almacén una hora antes. Caminaba delante de mí con rápido paso, sin volverse. La seguí casi á pesar mío, sorprendido, inquieto.

»Me decía: «No es ella. No. De ningún modo, puesto que tenía jaqueca. Por otra parte, ¿qué habrías ido á hacer á esta casa?»

»Sin embargo, quise cerciorarme, y apreté el paso á fin de alcanzarla. No sé si me sintió, me adivinó ó me reconoció en el modo de andar; lo cierto es que se volvió bruscamente. ¡Era ella! Al verme, púsose encarnadísima y se detuvo; luego, dijo sonriendo:

»—¡Tomal ¿eres tú?

»Yo tenía oprimido el corazón.

»—Sí. ¿Has salido? ¿Y tu jaqueca?

»—Sintiéndome algo mejor, he salido á hacer unas compras.

»—¿Dónde?

»—A la calle de Cassinelli, á casa de Lacaussade, con objeto de encargar unos lápices.

»Mirábame de frente. Ya no estaba encarnada;

más bien la encontraba un poco pálida. Sus ojos claros y límpidos—¡ah! ¡los ojos de las mujeres!—parecían llenos de ingenuidad; pero sentí vaga, dolorosamente, que mentían. Permanecía delante de ella más confuso, más embarazado, más sobrecogido que ella misma, sin atreverme á sospechar nada, pero seguro de que mentía. ¿Por qué? Lo ignoraba.

»Me limité á decirle:

»—Has hecho bien en salir si te sentías mejor.

»—Sí; mucho mejor.

»—¿Y vuelves á casa?

»—Es claro.

»Me separé de ella y púseme á recorrer las calles solo. ¿Qué sucedía? Frente á ella tuve la intuición de su falsedad. Ahora ya no podía creerla un hecho; y cuando regresé á la hora de la comida me reconvine por haber dudado un segundo de su sinceridad.

»¿Alguna vez has tenido celos? ¡Poco importa que los hayas tenido ó no! Continúo. La primera gota de celos había caído en mi corazón. Estas gotas son gotas de fuego. No formulaba nada, no creía en nada. Sabía únicamente que había mentido. Piensa que todas las noches, cuando quedába-

mos los dos solos, luego de marcharse los clientes y la dependencia, ya fuésemos á dar una vuelta hasta el muelle, si hacía bueno, ó ya permaneciésemos charlando en mi despacho, si el tiempo era desapacible, yo dejaba que mi corazón se abriese delante de ella con sincero abandono, porque la amaba. Ella era una parte de mi existencia, la principal, y toda mi alegría. En sus diminutas manos tenía mi alma cautiva, confiada y fiel.

»Durante los primeros días, esos primeros días de dudas y sufrimientos que transcurren antes de que la sospecha se precise y vaya en aumento, me sentía abatido y helado como cuando una enfermedad va apoderándose de nosotros. Sin cesar tenía frío, verdadero frío, y ni comía ni dormía.

»¿Por qué me mintió? ¿Qué hacía en aquella casa? Fui allá para tratar de descubrir algo.

»Nada pude saber. El inquilino del primer piso, un tapicero, hábame informado acerca de todos los vecinos, sin que nada me pusiera sobre una pista. En el segundo habitaba una comadrona, en el tercero una modista y una manicura, en las guardillas dos cocheros con sus familias.

»¿Por qué mintió? ¿No le hubiera sido igualmen-

te fácil decirme que había ido á casa de la modista ó á la de la manicura? ¡Oh! ¡qué deseos tuve de interrogarlas también! No lo hice por miedo á que le avisaran y conociera mis sospechas.

»El caso era que había entrado en aquella casa y me lo había ocultado. Se encerraba en esto un misterio. ¿Cuál?

»En ocasiones me imaginaba loables razones: que la había llevado allí una buena acción que deseaba permaneciese oculta; que había ido en busca de unos informes; y echábame entonces en cara mi injusta sospecha. ¿No tenemos todos el derecho de tener nuestros secretillos inocentes, una segunda vida interior, de la cual no se cuenta nada á nadie? Un hombre, por el hecho de habersele dado por compañera una mujer, ¿puede exigir que no piense ni haga nada sin avisarle antes ó después? ¿Significa la palabra matrimonio renuncia de toda independencia, de toda libertad? ¿No podría ser que hubiera ido á casa de una modista sin decirme nada ó que la hubiese llevado allí el deseo de socorrer á la familia de uno de los cocheros? ¿No podría ser igualmente que su visita á aquella casa, sin ser culpable, fuese de tal índole que mereciera, no mis

censuras, pero sí la crítica mía? Ella me conocía hasta en mis manías más ocultas, y tenía tal vez un reproche, al menos una discusión. Tenía las manos muy lindas y acabé por suponer que se las hacía cuidar en secreto por la manicura de la casa en cuestión y no lo confesaba por no parecer derrochadora. Siempre había sido partidaria del orden y del ahorro, y tenía además mil precauciones de mujer económica y entendida en los negocios. Confesando aquel ínfimo gasto de coquetería, indudablemente se hubiera considerado rebajada á mis ojos. ¡Tienen las mujeres tantas sutilezas y picardías nativas en el alma!...

»Pero mis razonamientos no lograban tranquilizarme. Tenía celos. La sospecha me desgarraba, me devoraba. Aquello no era todavía una sospecha, pero era la sospecha. Llevaba en mí un dolor, una angustia horrible, un pensamiento aún velado, y no me atrevía á alzar el velo que lo cubría por no encontrar debajo una horrible duda... ¡Un amante! ¡Sueño, sueño! ¿Tendría un amante? Era inverosímil, imposible!... ¡Y sin embargo!...

»La figura de Montina cruzaba sin cesar ante mis ojos. Veía á aquel guapetón de cabellos relucien-

tes, sonreirla y no podía menos de decirme: «¡Es él!»

»Imaginábame la historia de su pasión. Habían hablado á solas de un libro, discutido la aventura amorosa, encontrado algo que se les asemejaba, y de esta analogía habían hecho una realidad.

»Les vigilaba, presa del suplicio más horrible que pueda soportar un hombre. Había comprado botas con suelas de caucho á fin de andar sin hacer ruido, y me pasaba la vida subiendo y bajando la escalera de caracol para sorprenderlos. A veces hasta me dejaba resbalar cogido con ambas manos á la barandilla, adelantando la cabeza á fin de ver lo que hacían los dos. Luego tenía que subir hacia atrás con esfuerzos y trabajo infinito, después de ver que mi dependiente les acompañaba en el almacén.

»No vivía; sufría. No podía pensar en nada, ni trabajar ni ocuparme de mis asuntos. En cuanto salía, en cuanto había dado cien pasos en la calle, me decía: «¡Ya estará allí él!», y volvía á casa. No le veía y salía de nuevo. Pero, apenas me había alejado nuevamente, pensaba: «Ahora sí que habrá ido!», y volvía al punto.

»De este modo pasaba el día.

»La noche era aún más horrible, pues la sentía á mi lado, en mi cama. Estaba allí, durmiendo ó fingiendo dormir. ¿Dormía? No, indudablemente. ¡También aquello era un engaño!

»Yo permanecía inmóvil, tumbado boca arriba, abrasado por el calor de su cuerpo; jadeante y torturado. ¡Oh!, ¡qué deseo, un deseo innoble y poderoso me acometía de levantarme, coger una hujía y un martillo y, de un solo golpe, romperle la cabeza, para ver lo que había dentro! Hubiera visto, lo sé de sobra, sesos y sangre. ¡Y nada hubiera sabido! ¡Era imposible saber nada! ¡Y sus ojos! Cuando los clavaba en mí, sentía una rabia loca. Se la mira... ¡Ella mira también! Sus ojos son transparentes, cándidos... ¡y pérfidos, pérfidos, pérfidos!, y no puede adivinarse el pensamiento que encubren. Acometíanme deseos de alfilerárselos, de quebrar aquellos espejos de falsedad. ¡Ah! ¡Cómo me explico la Inquisición! Le habría retorcido las muñecas con puños de hierro. —¡Habla... confiesa!... ¿No quieres? ¡Aguarda!...—Le hubiera oprimido un poco la garganta... —¡Habla... confiesa! ¿No quieres?... Y hubiera apretado, apretado, hasta oír su estertor, hasta verla ahogarse, morir... O bien le hubiera

quemado los dedos á fuego lento... ¡Oh! ¡Con qué placer lo habría efectuado! —¡Habla... habla!... ¿No quieres? Se los hubiera mantenido sobre las ascuas, y se habrían quemado por las puntas... ¡Y habría hablado..., ¡ya lo creo que habría hablado!...

Trémoulin, en pie y cerrados los puños, vociferaba. En derredor de nosotros, sobre los tejados vecinos, las sombras se erguían, se despertaban, escuchaban, turbadas en su reposo.

Y yo, conmovido, dominado por un poderoso interés, veía delante de mí, en mí, en la noche, cual si la hubiese conocido á aquella mujercita, á aquel pequeño ser rubio, vivaracho y artero. Veíala vender sus libros, hablar con los hombres, turbados por su apariencia infantil, y veía en su cabecita de muñeca las ideas solapadas, las locas fantasías, los ensueños de modistilla perfumada con musgo y enamorada de todos los héroes de las novelas de aventuras. Como á él, me inspiraba sospechas, y como él, la odiaba, la aborrecía y hubiérale quemado los dedos para que confesara.

El infeliz prosiguió en tono más tranquilo:

—No sé por qué te cuento esto. Jamás hablé de ello á nadie. Pero también es verdad que no he visto

á nadie en dos años. ¡No he hablado con nadie, con nadie! Y todo esto se removía en mi corazón como inmundicia que fermenta. Lo vacío. Peor para ti.

»Pues bien; me equivocaba: lo que estaba ocurriendo era más repugnante aún de lo que yo había creído, más repugnante que todo. Escucha. Me valí del medio que más se practica: fingí ausencias. Cada vez que me marchaba, mi mujer iba á almorzar fuera de casa. No te referiré cómo compré al mozo de una fonda para sorprenderles.

»La puerta de su gabinete debía abrirse ante mí, que me presenté á la hora convenida con el camarero, con la resolución formal de matarlos. Desde la víspera estaba viendo la escena como si ya hubiese tenido lugar. ¡Yo entraba! Una mesita cubierta de copas, botellas y platos la separaba de Montina. Yo, sin pronunciar una palabra, dejaba caer sobre la cabeza del hombre el puño de plomo de mi bastón. Muerto de un golpe, él caía de bruces sobre el mantel. Volvíame acto seguido hacia ella y dábale tiempo—unos segundos—para comprender, y alargar hacia mí las manos, loca de terror, antes de morir á su vez. ¡Oh! sentíame pronto fuerte, decidido y satisfecho, satisfecho hasta la embriaguez. La idea de

la mirada de extravío que ella dirigía á mi bastón levantado, de sus manos tendidas hacia mí, del grito que saldría de su garganta, de su rostro súbitamente lívido y convulso, vengábame de antemano. ¡A ella no la mataría al primer golpe! Me encuentras feroz, ¿verdad? ¡Es que no sabes lo que se sufre al pensar que una mujer, esposa ó querida, á quien se ama, se da á otro, se entrega á él como á uno mismo, acogiendo sus labios como los nuestros! ¡Es una cosa atroz, espantosa! Cuando se ha conocido un día de este sufrimiento, se es capaz de todo. ¡Oh! ¡Me admira que no haya más asesinatos, porque todos los que han sido engañados desearon matar, gozaron con esa muerte soñada, hicieron, solos en su cuarto ó en caminos solitarios, acosados por la alucinación de la venganza, el gesto de estrangular ó de aplastar!

»Llegué á la fonda. Pregunté: «¿Están ahí?» El mozo comprado me contestó: «Ahí están»; hízome subir una escalera, y mostrándome una puerta, dijo: «En ese cuarto». Yo oprimi el bastón como si mis manos hubieran sido de hierro. Entré.

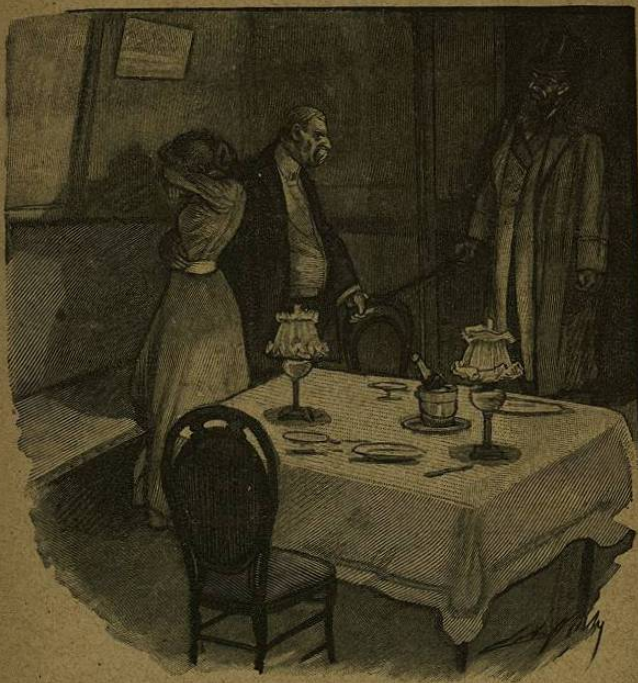
»No pude escoger con más acierto el instante. Se besaban; pero él no era Montina. ¡Era el general de

Fléche, aquel general que contaba sesenta y seis años!

•Tan seguro iba yo de encontrar al otro, que me quedé inmóvil de sorpresa.

•Luego..., luego... Todavía no sé lo que ocurrió en mí..., no..., ¡no lo sé! ¡En presencia del otro, el furor me habría puesto convulso!... En presencia de aquél, delante de aquel viejo ventrudo y de fofas mejillas, el asco se apoderó de mí. ¡Ella, tan menuda, que parecía tener quince años, se entregaba á aquel hombre gordo, gastado, porque era marqués, general y el amigo y representante de los reyes destronados! No, no sé lo que sentí ni lo que pensé. ¡Alzar la mano sobre aquel viejo! ¡Qué vergüenza! ¡Ya no tenía deseo de matar á mi mujer, sino á todas las mujeres capaces de hacer cosas semejantes! ¡Ya no estaba celoso, estaba aturdido, como si hubiese visto el horror de los horrores!

•Dígase lo que se quiera de los hombres, su vileza no llega á ser tanta. Cuando se sabe de uno que se ha abandonado de esa manera, se le señala con el dedo. El esposo ó amante de una mujer vieja es más despreciado que un ladrón. Nosotros somos limpios, amigo; pero ellas..., jellas son meretrices de



sucio corazón! Son de todos, de los jóvenes y los viejos, por razones despreciables y distintas, porque tal es su profesión, su vocación y su función. Son las eternas, inconscientes y serenas prostitutas, que entregan su cuerpo sin disgusto, porque es mercancía de amor, lo vendan ó lo den al viejo



que va por la calle con dinero en el bolsillo, ó bien, por vanagloria, al viejo soberano lúbrico, al personaje viejo, célebre y repugnante...

»Vociferaba como un profeta antiguo, con furibunda voz, bajo el cielo estrellado, enumerando, con rabia de desesperado, la vergüenza glorificada de todas las queridas de los monarcas viejos, la vergüenza respetada de todas las vírgenes que aceptan el esposo viejo; la vergüenza tolerada de todas las mujeres jóvenes que recogen, sonriendo, caricias de hombres viejos.

»Y, evocadas, llamadas por él, veía surgir en derredor de nosotros, en aquella noche de Oriente, todas las mujeres, las bellas mujeres de alma vil que, desde el origen del mundo, ignorando, como las bestias, la edad del macho, fueron dóciles á sus deseos seniles. Alzábanse siervas de los patriarcas, cantadas por la *Biblia*: Agar, Ruth, las hijas de Loth, la morena Abigail, la virgen de Sunnam, que, con sus caricias, reanimó á David, agonizante, y todas las demás jóvenes, gruesas, blancas, patricias ó plebeyas, irresponsables hembras de un amo, carne de esclava sumisa, deslumbrada ó pagada.

Le pregunté:

—¿Y qué hiciste?

Respondió sencillamente:

—Huir..., y aquí estoy.

»Luego permanecemos el uno frente al otro largo rato sin hablar..., soñando...

Conservo de aquella noche una impresión in-



olvidable. Todo lo que vi, sentí, escuché, adiviné; la pesca, el pulpo también quizá, y aquel relato punzante en medio de los blancos fantasmas de los

vecinos tejados, todo parecía concurrir á una emoción única. Ciertos encuentros, ciertas inexplicables combinaciones de cosas, contienen, seguramente, sin que nada excepcional aparezca en ellas, mayor cantidad de secreta quintaesencia de vida que la dispersada en los momentos corrientes de la existencia.



## LOS ALFILERES

**A**v! amigo mío; ¡qué animaluchos son esas mujeres!

—¿Por qué lo dices?

—Me han jugado una mala pasada.

—¿A ti?

—A mí.

—¿Las mujeres, ó una mujer?

—Dos mujeres.

—¿Dos mujeres á un tiempo?

—Sí.

—¿Qué mala pasada ha sido esa?

Los jóvenes que esto decían estaban sentados á la puerta de un café del bulevar, tomando licores mezclados con agua, esos aperitivos que parecen